

JUICIOS DE UN EXTRANJERO

MANUEL MACHADO Y LA PINTURA

Por la amable deferencia del Director de esta tan autorizada revista, he creído conveniente incluir aquí este artículo, de carácter tal vez un tanto distinto de los que suelen ver la luz en ella, por conservarse en el Instituto Fernán González, como es bien sabido, muchos papeles de Manuel Machado y su biblioteca entera. En realidad, la poesía suya, que trate precisamente de la pintura, no será más que una sola cuerda de una lira, llamada ya polifónica, pero sí tiene la ventaja, como tema de artículo, de ser relativamente poco tratada hasta ahora. Seguramente, son muchos los que habrán notado la existencia de tal poesía, pero pocos los que intentaron relacionarla con otros aspectos de la vida y obra de Machado.

Una oda del año 1892, de entre las muchas que escribió entonces idealistas, dedicada a «mi querido hermano Pepe, que estudia la pintura», que forma parte de la colección TRISTES Y ALEGRES (1), testimonia un interés muy temprano en cosas de arte:

Que el arte vuele generoso
do bebe en fuente cristiana y pura
el secreto del Bien

.....
«Llegar a la verdad por la hermosura».

No se trataba, sin embargo, del todo, de lo de Lope: «o pintar o escribir en tiernos años, que plumas o pinceles son iguales». Había pasado Machado por la Institución Libre de Enseñanza; en sus ensayos (2) el

(1) *Tristes y Alegres* (con Enrique Paradas), La Catalana, Madrid 1894.

(2) *Giner de los Ríos, Francisco: Ensayos sobre Educación*. Losada 14 & 274 páginas. Buenos Aires 1945. Ps. 66-71.

profesor Giner habla de los esfuerzos suyos y los de Cossío por fomentar en sus alumnos la crítica espontánea, y propia, de las Bellas Artes, por el examen directo del objeto. Adquirió Machado a los doce años, una costumbre que no dejó de ser suya en toda la vida, como nos asegura su hermano José (3): la de pasearse por el Museo del Prado y examinar horas enteras sus cuadros. Además, aprendió a apreciar una obra de arte, desde la primera percepción sintética, vaga e insensitiva de sus notas, hasta que, después, la reflexión va fijándolas una a una, y concluye por resumirlas en una característica.

Fue en el año 1911, con la colección APOLO (4), en la que montó Machado su exposición de veinticinco lienzos, aunque otros sueltos habían aparecido antes. como por ejemplo: «Figulinas». La princesa de Watteau y el famoso Felipe IV, en ALMA (5), y Don Miguel de Mañara y Carlos V, en CAPRICHOS (6). (A este último supo mejorar, revisando un poco el primer verso). Estas «pinturas a pluma o poesías a pincel», tienen la ventaja de representar esa transfusión del color, a la palabra tan perseguida por los escritores de aquella época. Machado, cuando, so pretexto de analizar el proceso de su creación, se dedica a describir bellamente el resultado de ella (7), confiesa efectivamente, luciendo, además, un desprecio muy suyo para las «frías» leyendas físicas, que para él, «color y sonido no son sino vibraciones del éter» (8). Aunque halle Lepiorz (9) en los últimos versos de «FIESTA NACIONAL» (10)—un eco de amarillo seco—un ejemplo esporádico (gelegentliches) de sinestésia, en efecto, como prueba su explicación de la «blanca campanada» del soneto «La Anunciación» (11), fue ésta, para Machado, un fenómeno de mucha importancia.

—«Veo en todos los demás artistas la técnica, el arte, la palabra. En Velázque, veo la vida» (12).

Realmente, quiso siempre Machado crear de nuevo esta cosa misterio-

(3) Machado, José: *Ultimas Soledades del poeta Antonio Machado* (ined.). Santiago de Chile, 1940. P. 8.

(4) *Apolo*. Teatro pictórico, Renacimiento, 124 p., Madrid, 1911.

(5) *En poesía*. Opera Omnia Lirica. Ediciones Jerarquía, 451 págs., Barcelona, 1940, p. 38 y p. 22, respectivamente.

(6) *Ob. cit.*, p. 147 y p. 157, respectivamente.

(7) *La Guerra Literaria. 1898-1914*. Hispano alemana, 180 p., Madrid, 1913. Páginas 41-67.

(8) *Ob. cit.*, p. 46.

(9) Lepiorz. Gerhard: *Themen und Ausdrucksformen des spanischen Symbolismus*, G. H. Nolte, ix & 93 p., Dusseldorf 1938. P. 73.

(10) *La Fiesta Nacional*, Fortanet, 15 p., Madrid 1906.

(11) *Poesía*. P. 153.

(12) *La Guerra*. P. 56.

sa que es la vida; hacer vivir su obra, como demostró sobradamente su entusiasmo por el teatro, y después por el cine. «Más que cromática, más que fonética, la vida es cinemática—se puede ver vivir» (13). Pero era él un escritor condenado a servirse de una pluma «destiladora analítica de razonamientos, indiscreta disecadora de bellezas» (14). Por eso, las poesías de APOLO parecen aspirar a presentar al lector las sútiles y complejas sensaciones que trató de captar el pintor, y las que siente él mismo al considerar el cuadro; en fin, aspiran a hacer de algo doblemente refinado algo vital. Y en este sentido, no podrán considerarse menos que acertadísimos estos sus «retratos de vida».

J. GORDON BROTHERSTON.

(13) Un Año de Teatro. Biblioteca Nueva, 280 p., Madrid, s. a., p. 274.

(14) Ibid., p. 159.